

ECOS DE LA VIDA LITERARIA

Al margen

LA EXPORTACION DEL ACERVO CULTURAL

Un curioso y equivocado ardor patriótico nos lleva a poner el grito en el cielo cada vez que un supuesto Zurbarán, un juvenil Velázquez u otros dioses menores intentan traspasar la frontera. Cejo a destiempo, mientras no se trate de grandes piezas. Y falaz, incluso en este caso si, según pienso, aquel desasosiego encubre un móvil económico: que la meagua del patrimonio artístico no acarree una disminución de visitantes (pero estaría por ver cuantos años y décadas de entradas a los museos precisas para igualar el producto, en divisas, de una de tales piezas). Sin buscar la paradoja me adscribo a quienes, obviando el absurdo de arrancar de su natural con texto de obras, según practican tantos museos han sido, piensan que más han hecho para el conocimiento del arte clásico las rapinas de lord Elgin, la insaciabilidad de los grandes «ogranards», el sistemático acopio prusiano, que cuantos museos y colecciones se suceden del Egeo al Canal Apurando la nota, más entusiastas de nuestro arte medieval o de la imaginaria castellana han suscitado «The Cloisters» en Nueva York, las colecciones de la Hispanic Society y de los grandes museos de Norteamérica, que la visita a los sensacionales depósitos de Montjuich o al vallisoletano San Gregorio. Ni suene a heresia que, mejor que nuestras bicicletas, máquinas de coser, fusiles, máquinas-herramienta y acero damasquinado, incluso que el aceite, las naranjas o el baile flamenco, nos ganen voluntades y mantengan inalterable el prestigio hispano las salas españolas de Londres y París, Munich, Budapest, Viena, el «Dnencio X» de la Doria-Pamphil y el «Francesco D» de Módena, los Grecos de Sinaia, los Picassos del Ermitage. A no dudarlo, son «exportaciones» bastante más rentables que las detalladamente registradas por el Instituto de Estadística.

Pero hay otra suerte de exportaciones culturales, estas sí en pura pérdida, que no parecen merecer cuota alguna de los trenos y lamentaciones arriba aludidos. Digo, claro es, de la emigración intelectual. Dejamos que, por razones de ideario, sintiéndonos lastimados en sus merecimientos, en busca de mejor ambiente para su actividad o por lo que fuere, unos caballeros nacidos y formados aquí planten, de pronto, sus tiendas en tierra ajena: un capital que regalamos a las mismas, por decirlo en términos económicos; sin perjuicio de reivindicarlos por hijos ilustres cuando el nuevo clima les hizo famosos, y poner la hornilla nacional en que —asi los indios— vuelvan a sus vejezes confiándonos, para la póstuma glorificación, sus despojos. Cuantos nombres que desgranar, entre difuntos y vivientes: Duperier, Santayana, Montesinos, Amado Alonso, Angel del Rio, Castroviejo, Trueta, Nicol, Ferrater Mora, Saura, José Luis Sert, con tantísimos jóvenes cuyo nombre no suena aún. Y que llegada esta hora no soliviantaría que no los cuenten por españoles, así cuando a Picasso incluyen en la escuela de París y Iltman americano al premio Nobel Severo Ochoa. Sin detenernos a pensar qué hemos hecho, si algo hicimos, para evitar, para no dar cuerpo a esa pretensión, lógica a todas luces.

«No sabremos de seguro si como hispanista norteamericano o como erudito español trasplantado», apostillan los especialistas de aquel país —en el «Homenaje» al bibliógrafo Rodríguez-Moñino— al felicitarle por la bien dotada cátedra que en la universidad de Berkeley viene desempeñando el profesor extremeño, desde septiembre pasado, una vez que esa docencia se le niega en su tierra. Por esta vez, y es suerte, parece que el caso quedará en «erudito trasplantado», si la Real Española —una vez abolido el requisito de domicilio madrileño— le ha asignado uno de los sillones académicos (a continuación del doctorado honoris causa conferido a Moñino por la universidad de Burdeos, el pasado octubre). Pero no valga de consuelo; que los reconocimientos, sobre ser tales cuentan también por la ocasión, el momento vital en que se reciben, más oportunos y eficaces unos que otros. Y a destiempo o no, tampoco a todos llegan. A los reconocimientos, agradables siempre, prefiérense —en una palabra— las oportunidades brindadas en la hora precisa. O que se allanen, con la vista en el futuro, en nuestro propio y común futuro, los entorpecimientos. Que se arbitren fórmulas para contener esa tremenda sangría de los centenares y miles de universitarios y artistas que marchan en busca de más hospitalarios lidos. Becarios, lectores de español, profesores que en buena parte no volverán, acaso porque aquí les truncaron la carrera. Pienso en las docenas de estos jóvenes de valía, a quienes una medida disciplinaria separa (de modo provisional, que prácticamente resultará definitivo en los más casos) de una docencia universitaria servida durante años, y en consecuencia de una actividad científica —publicaciones, colaboración editorial, congresos, premios— servida vocacionalmente pero también, y es justo, para lucrar el plan. Pienso, por vía de ejemplo, en ese joven historiador, uno de los más brillantes y diligentes de la escuela de Vicens, que en semejante trance ha tenido que acogerse a la invitación de una universidad chilena. Y otros habrá. — M.

VOZ DE CRITICO Y POETA

MANUEL MANTERO: NO, A LOS TOPICOS

Cuando un poeta se convierte en crítico —caso muy frecuente, entre nosotros, durante los últimos treinta años—, corre el peligro de denunciar su propia historia o de poner al descubierto su secreta vigilancia; pero al mismo tiempo nos introduce, acaso involuntariamente, en las luchas y gozadas de su peregrinación. Nos sentimos, en consecuencia, más tranquilos al situarnos frente a su actualidad humana y poética. El poeta sevillano Manuel Mantero acaba de afrontar la doble prueba: en el espacio de un año se nos presenta como crítico y antólogo en su volumen «Poesía española contemporánea» (Barcelona, Plaza y Janés) y nos ofrece su —hasta hoy— más ambicioso libro de poesía, «Misa solemne» (Madrid, Editora Nacional). Dos obras de extensión poco corriente: más de seiscientas páginas la primera y más de trescientas la segunda. Hay que acercarse a ellas con valor, seriedad y perseverancia.

Son estas las tres virtudes de que ha tenido que revestirse, ante todo, Manuel Mantero para realizarse a través de dos libros tan dispares y, sin embargo, tan coherentes en su línea intelectual. El no concede nada a la improvisación y a la irregularidad. Si exige, por tanto, del lector aquellas mismas cualidades, nadie se lo podrá reprochar. Merced a ellas, campea en su libro antológico una «visión personal y creadora» suya sobre el fenómeno poético. ¿Puede haber también creación en una ontología? Mantero lo ha demostrado con creces. Se propuso, en efecto, no simplemente el cometido de espigar en el campo feraz, y a menudo confuso, de la poesía de hoy. Sino, como crítico veraz, el de historiar y meditar acerca de la evolución de esta poesía. Y, con mayor ahínco, el de hacernos girar a su alrededor como satélites pensantes. Presiento que lo ha conseguido. Aunque sea descortezando supuestos dogmas o acribillando actitudes aparentemente inamovibles. De él no podrá decirse nunca, como del «hombre de corazón puro» de su «Misa solemne», que esquivaba la pupila ajena

«porque temía herir, juzgar, no por sentirse herido o reo».

Mejor es así, qué duda cabe. En toda la antología, desde su misma gestación, se aloja el germen de la discordia. Diríase que Manuel Mantero no sólo no la ha evitado, sino que ha ido tras ella con criterio inexorable: basa su libro en los poetas en activo que hicieron y hacen posible la evolución de nuestra poesía y que persiguieron la creación como «orden». No le basta, por tanto, la calidad de una obra, aunque la exige continuada. De este punto derivan sin duda todos los posibles vicios y todos los aciertos de la selección. Pero él lo predica, previamente, con la necesaria valentía: ha dispuesto el libro con arreglo a unas normas que sienten válidas en su personal dedicación a la poesía. Incluir a poetas que «no concuerdan con la exigida creación de un universo poético propio ni con la adecuación al transcurso de nuestra actual poesía», hubiera sido negarse a sí mismo. No cabe, pues, la posibilidad de poner en duda su estricta buena fe: quien le achaque la fría malignidad de los inconformistas, tendrá que reconocerle también la noble manera de pensar y decir.

¿Se aparta Manuel Mantero, en su obra antológica, del toque conocido? Por supuesto, y en casi todos los planteamientos y resultados. A mi particularmente, aunque esta opinión mía no tiene valor, tal postura contundente, con sus naturales reservas, me encanta. Quizá porque me siento harto, como el poeta sevillano, de tantos lugares comunes en boga, de tantos alborotos existencialistas y sociales, de tanto lenguaje de jornalero que al jornalero le importa un rábano. Manuel Mantero no se rinde a ningún presupuesto de falsa valoración, a ningún fantasma de consagración más o menos sancionada «ad usum Delphini». En este sentido, es un muestrario de plena responsabilidad su análisis de las principales corrientes en que se ha debatido la poesía castellana de la posguerra: el existencialismo, el movimiento social y político, el esencialismo, el realismo. Pero esta evolución no forma, claro está, un capítulo independiente en el panorama general de la poesía: faltaría el eslabón de los grandes poetas surgidos antes de la guerra y que después continuaron su obra. Mantero lo ha visto con la mayor claridad. No los ha antologado, pero señala su gravitación o vigencia, en función de la nueva lírica.

Por las razones apuntadas, creemos que «Poesía española contemporánea» dará mucho que hablar. Tanto quizá, aunque por otros conceptos, como «Misa solemne». ¿Y los poetas antologados por Manuel Mantero? No pasan de dos docenas, pero cada uno con extenso repertorio de piezas, los que aquí se han seleccionado con riguroso criterio, sólo dependiente de los niveles históricos observados. Previamente, en ecuaciones o semblanzas de galería, ha intentado el antologista darnos la interpretación poética, muy fragmentaria en ocasiones, de cada uno de ellos. Sin duda habrá librado en su interior muchas batallas para acallar nombres insignes que a veces figuran, y otras ni eso, en las jugosas páginas preliminares de su libro. Ningún lector, en este trance, puede dejar de sentir la ausencia, entre otros, de Claudio Rodríguez, J. A. Valente, Carmen Conde o Concha Lagos. Tan decisiva como la de muchos de los otros veinticuatro parece su intervención en hacer viable la evolución de la actual poesía castellana.

Pero nos hallamos ante el inevitable sino, al menos de unos años a esta parte, de toda antología poética: el de la disconformidad y agresión. No debe temerle quien acepta o inspira tan ingrato cometido. Si cumple solemne con los dictados de su conciencia, sin motivaciones extraliterarias y sin salirse de quicio, basta. Y, de un modo singular, si continúa honestamente, en el caso de ser creador, el edificio de su propia obra. Creo que Manuel Mantero pertenece a este grupo de operarios íntegros. Aun siendo autor de tres libros anteriores, de indudable calidad poética, no se ha

incluido a sí mismo en las páginas de su antología. Pero merecía hallarse dentro del escogido ámbito: el editor de «Poesía española contemporánea», sacedor de tal derecho, le ha concedido un epílogo con catorce poemas. Algunos de ellos pertenecen anticipadamente a su reciente libro «Misa solemne», el cuarto de su producción poética. Poseemos, por tanto, aquí, como en los otros poetas antologados, el croquis de una proyección lírica digna de la mayor atención.

Naturalmente, ahora, con «Misa solemne» —un libro ansiosamente esperado por sus devotos— en las manos, ello no basta. El poeta, en efecto, nos traslada a estas zonas firmes en que la realidad poética se instaura felizmente, como diría Mario Luzi, sobre la fuerza misma de las vicisitudes psíquicas y reacciones inmediatas de un sólido temperamento. Ha acentuado, en suma, su compromiso con unos presupuestos sencillos de realidad y humanismo poético. Nos movemos, sin intentarlo expresamente, en la terminología que el mismo Mantero aplica al último cambio de frente, el del «realismo». No creo que Manuel Mantero se sorprenda si veo en su poesía, como una herencia, los mejores frutos de las intenciones precedentes. En esta interpretación, no calco, de la realidad se salvará lo que sobreviva del retoricismo esteticista, del quejido existencial o político, del desmelenamiento social: incluso al último le ha llegado ya, al parecer, la hora de la jubilación.

No que Mantero se haya emancipado, de golpe, en «Misa solemne», de ciertos ademanes aún corrientes, como el prosaísmo verbal, la vinculación política o la impureza de elementos. Los repite acaso, aquí y allá, junto a la esmerada elaboración de los doce sonetos de «Los meses», pero dándonoslos instintivamente una nueva dignidad o un nuevo alcance. Sabe que la poesía «está» en todo, pero no «es» todo. Por ello su nuevo libro —que sin duda deberá incluirse entre los más originales y significativos de las últimas promociones— puede aproximarse, a través de las sucesivas etapas de la misa, a todas las gamas de la realidad, brillantes o ruines, o, concretamente, al pueblo, al pueblo común y total: a este pueblo que «es el marqués, el huertano, el cura, la ramera, la madre, el albañil y el torero». De esta manera «Misa solemne» atrapa el universo entero y excita en nosotros raros mundos de nostalgia, sentimiento y atracción. Hay que recorrerlos uno tras otro sin prisa, pero también sin vacilación ni pesadumbre. Una nube, un árbol o una mancha nos esconden a cada paso la sorpresa: el Cristo conductor de autobús, traperero, acomodador de cine, portero de hotel; un desfile de vivos y muertos en «mementos» tan pronto alucinados como accesibles y prodígos. De todo nos viene una vida insólita, un «vibrar de sola esencia». Una tierra como la de Manuel Mantero, pese a la desigual riqueza de sus zonas, nos quiere a todos hermanos de sus frutos.

Miguel DOLÇ

MESA DE REDACCION

MAS CONCURSOS

Tres mil pesetas ofrece la revista puertorriqueña «Bayoán» por un soneto u otro poema que no rebase el centenar de versos, de tema dariano, que encabezará el número conmemorativo del centenario del poeta nicaragüense. El plazo de admisión se cierra el 20 de marzo. - Premios Doncel de literatura infantil y juvenil: 50.000 ptas. (que engloban los derechos sobre una edición de 5.000 ejemplares) para novela o conjunto de narraciones de 100 a 150 folios y destinadas a jóvenes, hasta 17 años, o niños menores de 10; igual suma para la biografía de un personaje contemporáneo que sea ejemplar para la juventud; 50.000 también, para un original de actividades recreativas (con la ilustración pertinente); 10.000 para cuentos juveniles, entre 15 y 20 folios; y otras tantas para cuentos infantiles. Inéditos y en castellano, mecanografiados en triple ejemplar y acompañando carta suscribiendo las bases del concurso y con expresión del nombre y domicilio del autor, los originales se reciben antes del 15 de abril en Editorial Doncel (Ortega y Gasset, 71, 3., Madrid-6). Fallo, el 30 de mayo. Ensayos inéditos y en castellano, 200 ó más folios, correspondientes a ciencias sociales en la más amplia acepción del término y del algún modo referidos al mundo de habla española, aunque el tema sea más universal, pueden optar al premio Taurus de medio millón de pesetas, que se acumularán al de la convocatoria siguiente si resultara éste desierto. Tres ejemplares, con anotación de nombre, dirección y teléfono, a la editorial de aquel nombre (Claudio Coello, 69 B, Madrid-1), antes del 23 de abril. Se resolverá a fin de año. - Sendas 20.000 pesetas irán a trece guiones de ficción dramática con duración de una hora, libertad de tema, autor de habla española, para su realización con telecámaras. TVE los programará semanalmente durante el verano, y a seguido elegirá uno de ellos bonificándolo con 100.000 ptas. más. Como es obvio, los guiones deben distribuirse en dos columnas: la de la izquierda, para los diálogos, efectos de sonido y montaje musical; la otra, para las indicaciones relativas a la acción. Tres ejemplares, nombre y dirección de autor a la secretaria de las Comisiones asesoras, en el Centro de producción de programas de Prado del Rey, Madrid, 11. Hasta el 30 de mayo. - 20.000 pesos mexicanos (paridad de 1.600 \$) y un trofeo metálico figurando don Quijote, con nombre del galardonado, esperan a una novela inédita, 200 ó más folios, en lengua española, y tema libre, si bien contará el enaltecimiento de los ideales defendidos por el ingenioso hidalgo. Hasta el 15 de julio, y en doble ejemplar con nombre y domicilio de autor, a España Errante (Aparlado postal 30-574, México 4 D.F.). Esta editorial abonará, además, al autor el 10 % sobre ventas superiores a los 10.000 ejemplares y promoverá la traducción a otros idiomas y eventual adaptación a cine y teatro de las novelas, premiadas o no, que vieren la luz a través del concurso. Resolución, el 12 de octubre.

nos preocupara verlo en letras de molde. Luego, la standardización ha transformado en artículo la literatura, al escritor en productor. Entiendo que las «mass media», al facilitar la comunicación la han debilitado. Lo que la humanidad ha ganado en progreso técnico nos cuesta alguna pérdida en punto a profunda comprensión de la vida. En todos los terrenos.»

GRANDE ES LA DIANA DE LOS EFESIOS!

Hace ahora un siglo, y a lo largo de ocho años, un Mr. Wood, del Museo Británico, se despeaba a conciencia por los caminos que de Efeso conducen al Caistro para dar —siguiendo a Heródoto— los restos de una de las siete maravillas del mundo antiguo: el Artemisio que, doce siglos antes y por pasar a la historia, el oscuro Heróstrato incendió la noche del nacimiento de Alejandro Magno. Consignó localizarlo a seis metros bajo tierra, y arribó para Londres con lo que pudo. De la Artemisa Polimastos, ni sombra (era de madera); tampoco del colosal altar de aquel templo que fue el primer establecimiento bancario del mundo. Hasta que unos arqueólogos austriacos lo han descubierto bajo ocho metros de escombros, al oeste del templo, en estos días de medroso neocapitalismo aferrado a la panacea del desarrollo a escala mundial.

ECONOMIA Y POLITICA NOVEDADES

- J. R. HICKS**
Ensayos sobre Economía Mundial
Un enfrentamiento con los teóricos de la Economía del Bienestar
- R. F. HARROD**
Hacia una Economía Dinámica
El profesor inglés, crea los instrumentos lógicos adecuados para abordar el problema del crecimiento
- S. E. FINER**
El Imperio Anónimo
La última palabra sobre los grupos de presión

PIDALOS A SU LIBRERO O A



O'Donnell, 27. Tel. 226-29-23. Madrid, (9)
Brusi, 46. Tel. 227-47-37. Barcelona (6)

NUESTROS SERVICIOS DE COLOCACION DE PIEZAS EN OBRA GARANTIZARAN EL EXITO DE SUS CONSTRUCCIONES porque:

- Disponemos de Carpintería Standardizada para su entrega **EN EL ACTO.**
- Nuestros modelos, medidas, calidades y precios están a la vanguardia en nuestra especialidad.
- Nuestras secciones de carpintería de madera y metálica trabajan constantemente al ritmo que exige las construcciones de hoy.

Industrias

GIRONA

AL SERVICIO DEL RAMO DE LA CONSTRUCCION

SOLICITENOS EMPLAZAMIENTO DE NUESTRAS AGENCIAS OFICIALES EN TODA CATALUÑA

CALABRIA, 83 - 85
TELEFONOS:
224 22 43-223 74 32
223 48 96

BARCELONA - 15

LITERATURA Y PRODUCTIVIDAD

De una entrevista con el gran poeta italiano Eugenio Montale: «Bajo el fascismo, paradójicamente teníamos la libertad de escribir sin que